

Pablo Schostakovsky

La tendencia europeizante de Turguenev



IVAN Serguéevich Turguenev nació en Orel el 28 de octubre de 1818. La familia de los Turguenev, de raíz tágara, pertenecía a la rancia nobleza, pero nunca fué ilustre, ni muy rica. El padre de Turguenev, Sergio Nikoláevich, excoracero y propietario de un pequeño fundo, 'Turguénevo', se casó con Varvára Petróvna Lutovnova, a la sazón una de las novias más ricas entre la nobleza rusa. Los dos cónyuges eran dos antípodos. El padre, buen mozo, de trato ameno, era de carácter sumamente ligero. Turguenev lo llamaba 'un gran cazador ante Dios', y dió su retrato en el cuento *El primer amor*, en que Sergio Nikoláevich aparece más bien como cazador de mujeres...

La madre Varvára Petróvna, de mayor edad que su marido, llegó al matrimonio ya cansada de la vida y con el ánimo agriado. A los dieciséis años había tenido ella que huir de casa de sus padres, donde la vida era insostenible. La acogió un tío, un viejo solterón de

genio irritable, sombrío y autoritario. Varvára Petrónna tuvo que huir otra vez; pero el tío murió el mismo día de su fuga, dejándola heredera única de todos sus bienes. La riqueza, los honores, la posibilidad de ejercitar su poder vinieron a sustituir los sinsabores y las humillaciones pasadas. Aquel cambio brusco la desvaneció; a su vez ella se hace autoritaria en extremo y, además, con ganas de vengar sobre gente inofensiva sus propios padecimientos de antaño. En la casa todos la temen, aun tiemblan ante la despótica dueña que no perdona a nadie la falla más ligera: «Yo crecía, dice Turguenev, en medio de palizas y tormentos»... Eso no impedía a Varvára Petrónna querer a sus niños; sobre todo a Iván Serguéevich que era su niño mimado: «Mon soleil, mon Jean, mi Juancito», le escribe más tarde, cuando Turguenev está de estudiante en Berlín. Sus cartas relatan a menudo detalles interesantes sobre el modo de ser de entonces e indican de quién heredó Turguenev su talento literario.

En 1822, después de un viaje al extranjero, en enormes furgones, con todo un séquito de siervos, la familia se radica por mucho tiempo en la hacienda Spáskoe-Lutovínovo, en la gobernación de Orel. La vida de campo corre monótona. De vez en cuando la mansión señorial se anima, se llena de invitados a comidas, bailes o cacerías. Cuál era el tono general de estas reuniones se puede juzgar por el hecho de que en casa de Varvára Petrónna reinaba el idioma francés; al ruso lo trataban con un desprecio absoluto; los ver-

sos se consideraban como algo indecente, y la patrona de la casa solía decir que la literatura es una ocupación indigna de un gentilhombre.

En su cuento *Púnin y Babúrin* Turguenev relata cómo un siervo, representado bajo los rasgos de Púnin, le enseñó a amar la literatura rusa; como aquel mujik semi-analfabeto, con lágrimas en los ojos y voz temblorosa de emoción, le leía *La Rosiada* de Jersakov, la primera epopeya editada en ruso (1799), escrita de acuerdo con todas las pseudo-clásicas. Se trata en ella de la conquista de Kazán por Iván el Terrible, por supuesto es una obra sumamente patriótica y afectada como estilo.

En 1827 la familia se traslada a Moscú y Turguenev empieza a frecuentar una escuela alemana en que tiene la suerte de estudiar el ruso con Dubénsky (el conocido comentador del *Canto de la incursión de Igor*), las matemáticas con Pogorélsky y preparar sus exámenes de Universidad con Kliúshnikov. De aquella escuela Turguenev sale conociendo a fondo el idioma alemán.

A los 15 años Turguenev ingresa a la Universidad de Moscú, a la Facultad de Letras, pero, el año siguiente la familia se traslada a San Petersburgo y el joven estudiante cambia de Universidad. Su hermano Nicolás entra en la artillería de la Guardia, y su padre muere este mismo año.

La instrucción universitaria de entonces dejaba mucho que desear; salvo dos profesores, de historia y de

literatura, ninguno era capaz de despertar en sus alumnos un verdadero interés por la ciencia que profesaba. Tampoco los estudiantes tenían una preparación suficiente para seguir los cursos de enseñanza superior. Para completar su instrucción Turguenev toma clases particulares de latín y, en dos años, su aplicación sostenida le permite llegar a leer a Horacio, Tácito, Sófocles y otros clásicos en versiones originales.

En 1837, a la edad de 19 años, Turguenev termina sus estudios universitarios. Dos poesías, un ensayo de crítica y un drama fantástico *Steno*, imitación ingenua y torpe de *Manfredo* de Byron, señalan sus primeros pasos en la carrera literaria. La crítica desfavorable de su profesor de literatura enfría su entusiasmo por las letras: al mismo tiempo Turguenev siente la insuficiencia de la instrucción recibida, y pide a su madre autorización para ir al extranjero a completar sus estudios. Varvára Petróvna no pudo decidirse de inmediato a dejar partir a su hijo querido. En fin, consiente a condición de que Turguenev lleve consigo un «diádka», es decir, un ayo. Como tal es elegido un tal Porfírio Kudriashev, hermano bastardo de Turguenev, hijo de su padre y de una sierva de gleba, y que, según testimonios contemporáneos, se parecía mucho a Iván Serguéevich. Después de haber recibido instrucciones detalladas y provistos de una respetable

cantidad de dinero, los dos hermanos, el «bárin» y el «diádka» se ponen en camino. Por falta de ferrocarriles, van de San Petersburgo a Alemania por mar. El vapor se incendia a la vista de Travemunde y Turguenev tiene que salvarse a nado. Lo relató más tarde en *Un incendio en el mar*.

En Berlín Turguenev entra en el círculo de Granóvsky, Stankévich, Nevérov, Efrémov y algunos otros estudiantes rusos que se entusiasman con la filosofía hegeliana, trabajan con aplicación, pero no olvidan pagar tributo a su edad: bailes, veladas, aventuras amorosas, sustituyen a veces a la «lógica», que entra con mucha dificultad en las cabezas jóvenes.

El «diádka», a pesar de las órdenes severas de su señora, de cuidar al «niño», se transforma en su compañero de estudios, entra en la Universidad y se matricula en la Facultad de Medicina. Su suerte es trágica, como la suerte de todos los siervos de gleba que recibieron instrucción por capricho de sus dueños. A su vuelta a Rusia, Varvára Petrónna le hace su médico de cabecera, pero le trata como a un siervo. Todas las súplicas de Turguenev para conseguirle la libertad son inútiles. Sólo después de la muerte de Varvára Petrónna, Kudriáshev recibe de su hermano la tan anhelada libertad y consigue, rápidamente, una gran popularidad en el campo, como médico de distrito, pero la suerte le sonríe demasiado tarde: el hombre ya está acostumbrado a buscar el alivio de sus penas en el fondo de una botella de vodka.

Durante la permanencia de Turguenev en Berlín comienza la discordia entre el hijo y la madre, la cual se irrita por no recibir informes detallados sobre la vida de su «niño» en el extranjero, y, cuando en 1840, Turguenev vuelve a Rusia, le cuesta disipar el descontento de su madre y obtener la autorización para un nuevo viaje a Berlín e Italia. En este momento Turguenev se encuentra ya en posesión de una instrucción ya bastante sólida. Los aspectos sombríos de la vida rusa le atormentan: «Casi todo lo que yo veía a mi alrededor—dice él en sus recuerdos—despertaba en mí sentimientos de confusión, de indignación, de repulsión, en fin. Era preciso o someterme, tomar con humildad el sendero trillado, seguir la huella común; o de una vez rechazar a todos y a todo, aun arriesgándome a perder mucho de lo que me era tan caro y que tenía tan cerca de mi corazón. Y así lo hice...».

En esta confesión está incluida la primera y la más grave razón del resentimiento de sus contemporáneos. Turguenev vivió un drama íntimo, que vivieron antes de él, junto con él, y después de él, miles y miles de intelectuales rusos, y que se resume en una fórmula sencilla: ¿con su pueblo o fuera de él? Claro que la solución más fácil, la menos embarazosa es la que eligió Turguenev: sacudir el polvo de sus pies; cosa fácil

sobre todo cuando la patria que le indigna, le proporciona más de lo necesario para pagarse cualquier fantasía y lujo en el extranjero, en medio de gente civilizada, cuyos modales finos y elegantes no ofenden sus sentimientos.

La ruptura de Turguenev con el ambiente intelectual ruso sale afuera, se hace evidente, en 1841, cuando, vuelto a Moscú, tropieza con Jomiakón, Aksákov, Kireévsky y otros eslavófilos. Sus opiniones, formadas bajo la influencia occidental y los estudios clásicos, denuncian una mentalidad muy distinta del ambiente moscovita: «yo me tiré de cabeza al mar alemán que tenía que purificarme y renovarme, decía él, y, cuando al fin salí de sus olas, me encontré occidentalista, y quedé tal para siempre».

¡Qué lástima!

• • •

En sus Recuerdos literarios y de mi vida, Turguenev fija como principio de su carrera literaria la publicación de su poema Parásha, que salió a luz en 1843 y tuvo la aprobación de Biélin-sky. Hay que suponer que el éxito de esta obra ha sido bastante clamoroso. Por lo menos Varvára Petrón-na, que despreciaba tanto la literatura rusa, se encuentra ahora encantada con los éxitos de su hijo y lo comprueba renovándole la pensión, precedentemente cortada para obligarlo a entrar en una carrera administra-

tiva. Biélinisky le introduce en el grupo de literatos que se agrupan a su alrededor; a uno de sus amigos moscovitas el famoso crítico refiere su opinión sobre Turguenev en esta forma: «Es un hombre sumamente inteligente; la charla y las discusiones con él me alivian el alma... es siempre grato tropezar con un hombre, cuya opinión independiente y determinada, chocando con la tuya saca chispas, ...».

Sea como fuese, para el gran público la carrera literaria de Turguenev empieza con la publicación, en la revista *Sovreménnik*, en 1847, de su cuento *Jor y Kalinych*. El editor tuvo la idea de publicarlo bajo el subtítulo: *Relato de un cazador*. La acogida hecha a este relato por la crítica y el público indica a Turguenev su verdadero camino. Dejando la poesía, Turguenev, en tres o cuatro años, escribe una serie de pequeños cuentos, bajo el mismo subtítulo, pintando el modo de ser de los siervos de gleba, el estado de inteligencia, el espíritu, los dolores y las escasas alegrías del campesino ruso.

En 1852, Ivan Serguéevitch recopila aquellos cuentos, que durante los últimos años se han publicado en la revista *Sovreménnik*, los edita en un volumen bajo el mismo título genérico: *Relatos de un cazador*. La censura, tomando el título a la letra, les deja pasar con tanta más facilidad cuanto que ellos habían sido ya publicados. Pero los relatos, inofensivos cada uno en sí mismo, en su conjunto pintan de modo tan completo el ambiente, el modo de ser

de los siervos y de sus dueños, así como el grado del desarrollo espiritual de las dos clases, que aquella llaga de la vida rusa se descubre en toda su triste realidad y, del contraste, el campesino-siervo resulta superior a su dueño...

Tal es Kalinych (Jor y Kalinych), poeta en su alma, que siente intensamente las bellezas de este mundo de Dios y goza con ellas, pasando su vida en una meditación poética, indiferente a los problemas prácticos de la vida, prefiriendo la sociedad de animalitos a la de los hombres, lo que no le impide a quererlos fuerte y desinteresadamente...

Aquellos rasgos aparecen aún más salientes en Kassián (Kassian de la Krasivaia Mechá), hombre inapto para la lucha y cuyo rasgo principal es la humildad y la obediencia. Viviendo fuera de la sociedad humana, en contacto continuo con la naturaleza, Kassián conoce las propiedades de cada hierbecita, sabe tratar a las abejas, cazar a los ruiseñores, que llenan su alma de «dulce enternecimiento»... Las bellezas y la grandiosidad de este mundo le emocionan profundamente: «Soy un solitario, un vagabundo... «Pues, ¿qué logra uno quedándose en casa? Mientras «que, caminando, caminando, se anima él, elevando «su voz, se siente uno aliviado de veras. El sol te «ilumina, y Dios te ve mejor, y tú cantas con mayor «holgura. Miras, acá crece una hierbecita; lo anotas, «la coges; allí, por ejemplo, brota el agua, una fuen- «te, el agua santa; sacias tu sed, también lo anotas.

« Los pajaritos cantan en el cielo... Y más allá, tras Kursk, empiezan las estepas: ¡qué maravilla, qué asombro, qué alegría para el hombre presentan aquellos lugares estepales, qué libertad, qué gracias de Dios! Y van aquellas estepas, cuenta la gente, hasta los mares templados, adonde vive el pájaro Gamaiún de dulcísima voz, y los árboles no pierden sus hojas ni el invierno, ni en el otoño, y las manzanas de oro crecen en ramos de plata y vive todo hombre con bienestar y justicia... ».

Estas últimas palabras explican la razón de su aislamiento de los hombres; ella no está en la indiferencia o animosidad, sino en la convicción de que «el hombre carece de justicia»... El alma humilde y sensible de Kassián se impresiona por el mal y los sufrimientos que reinan en la sociedad humana, y él se aleja del pecado. Y no es una excepción entre los campesinos: «muchos son los cristianos, dice, que vagan por el mundo en busca de la verdad»... Su amor abraza todo lo que vive. La violencia y el sufrimiento le indignan profundamente; por eso, cuando un cazador mata a una avecilla, Kassián le dirige una prédica llena de amarga protesta: «Es un gran pecado poner a luz la sangre, un gran pecado y temor... ¡Oh, muy grandel... ».

Estos rasgos de alta moral evangélica adquieren un valor de verdadera santidad en Lukeria («La reliquia viva»), con su pureza del alma, humildad y obediencia, falta de preocupación para sí misma, ausencia ab-

solita de egoísmo, calidades que se perfilan sobre un fondo de paciencia de una fuerza sobrehumana, y que hace evidenciar un rasgo nacional del pueblo ruso, cuya vida se formó bajo condiciones de existencia sumamente duras.

Al lado de las altas calidades morales del campesino ruso, Turguenev pinta en el relato *Cantores* su sensibilidad estética. La reacción del pueblo para el arte en la forma más accesible para la gente sin educación, en la forma de la canción, está trazada en pinceladas maestras. Con ello Turguenev demuestra que el siervo de gleba conserva, a pesar de sus condiciones de vida tan anormales, las propiedades más finas del alma humana... El proceso contra el derecho de servidumbre no podía ser más hábil, ni más convincente.

El libro hace ruido. El Gobierno se emociona y destituye al censor moscovita el kniáz Lvóv. Ahora se trata de encontrar un pretexto para castigar al autor, sospechoso ya por su larga permanencia en el extranjero. El pretexto se presenta luego. Con motivo de la muerte de Gogol, Turguenev publica en un diario moscovita una carta *Carta de San Petersburgo*, que la censura petersburgana no había dejado aparecer en la prensa de la capital. Por esa desobediencia es arrestado durante un mes. Desde luego, el castigo resulta bastante fácil de soportar, ya que las hijas del alcaide de la prisión, aficionadas a las letras y admiradoras del joven escritor, obtienen de su padre

la autorización para alojar a Turguenev en el departamento de ellos. En las tres semanas pasadas en tan grata compañía, Turguenev escribe *Mumú*. Apenas liberado, la administración le consigna en su fundo Spáskoe-Lutovínovo. Solamente a fines del año 1854, y gracias a la intervención del poeta conde Alejo Tolstoy y de la señora A. O. Smirnóva, el buen genio de las letras rusas, Turguenev recobra su libertad y, sin perder un instante; parte al extranjero. Su madre había muerto cuatro años antes, dejándole una gran fortuna, y nadie le impide ahora organizar su vida a su arbitrio.

• • •

Turguenev se apresura a desterrarse, porque las condiciones de la vida rusa le pesan, y también por haber tenido la desgracia de conocer, en 1847, en San Petersburgo, a la célebre cantante Viardot-García. Según los contemporáneos, la Viardot no era una mujer bonita, pero poseía un talento musical extraordinario, junto con una inteligencia y un donaire descomunales; enamoraba a cuantos hombres se acercaban a ella. La madre de Turguenev, aun prevenida en contra suya, reconocía que «la maldita gitana es encantadora». Lo acertado de aquella opinión lo comprobó Turguenev pegándose toda su vida a la familia Viardot. El marido no protesta; al contrario, se hace muy amigo de Turguenev, y éste viaja y vive con ellos en la

más grande intimidad en París y Baden-Baden. Para los rusos aquel enlace es otra razón de resentimiento. Ver a uno de sus grandes escritores hacer el «ménage a trois» con una mujer de espíritu y vida anacionales no les gusta. Los matrimonios aun legales entre cónyuges de distintas nacionalidades dan difícilmente resultados positivos. Hay divergencias de temperamento que, a primera vista, parecen insignificantes, pero a lo largo se manifiestan como incompatibilidades flagrantes. ¡Cuánto más tiene que sentirlo un escritor ruso subyugado por una mujer que ni siquiera es capaz de apreciar sus escritos! Que eso era realmente así, que la Viardot no llegaba a participar en su vida de escritor, lo comprueba la carta que Turguenev le escribió con motivo de la muerte de Gogol, en que, en unas pocas líneas, se repite el mismo «ritornello»:

«Le será difícil a Ud. apreciar la enormidad de esta pérdida... Mas Ud. no conoce a Gogol... y aun si Ud. conociera las obras de Gogol, le sería difícil comprender lo que Gogol era para nosotros... Yo lo repito, hay que ser ruso para saber lo que nosotros hemos perdido...».

Eso es precisamente lo que pasa a los rusos, les pesa tanto más cuanto que el amor de Turguenev no era íntegro, absoluto. Su madre le consideraba como un hombre uniañoso, pero la realidad era otra. Turguenev tuvo varios apegos, fuertes y profundos, que dejaron huella en su vida y en sus obras. La poesía en prosa la memoria de I. A. Vrévskaja es el

epílogo de un amor serio; en las cartas dirigidas a la condesa Lambert se siente una pasión creciente; la correspondencia de Turguenev con M. G. Sáviná, la célebre artista del teatro dramático imperial de San Petersburgo, descubre el profundo sentimiento del autor para la joven artista que desempeñaba los papeles principales en sus obras teatrales. El amor experimentado por Turguenev para su lejana parienta O. A. Turguéneva fué lo bastante serio para que el autor enamorado proyectase casarse con ella; pero, como siempre, a la primera llamada de la Viardot Turguenev deja todo para volver a su lado. En su vejez, sintiendo su soledad, Turguenev se lamenta más de una vez de haberse pegado a «un nido ajeno».

• • •

Desde la segunda mitad del quinto decenio, Turguenev toma su puesto en las primeras filas de escritores rusos. El período más productivo de su carrera literaria se sitúa entre los años 1856 y 1862. En 1856 aparecen *Rúdin* y *Fausto*. En la persona de *Rúdin*, Turguenev logra concentrar todas las calidades típicas, como todos los defectos, de la generación del tercero-cuarto decenio: el predominio de intereses filosóficos y estéticos, creados en mayor parte por la influencia de la filosofía y poesía alemanas; un alto ideal moral; una fe entusiasmada en la verdad y en lo bueno; y, al lado de aquellos rasgos positivos, el triste desa-

cuerto entre la palabra y la acción, falta de educación práctica en la vida, incapacitan para lograr la realización de sus ideales, una voluntad débil, juntada a una gran reacción reflexiva y una capacidad de auto-análisis.

En 1858 salió a luz *Assia* y en 1859 *Nido de Hidalgos*, saludado por la unánime aprobación del público y de la crítica. Desde el punto de vista artístico, el *Nido de Hidalgos*, en comparación con *Rúdin*, es un paso enorme hacia adelante. Los críticos lo consideran como la obra más perfecta de Turguenev. Sus grandes calidades artísticas son: la perfección de su estructura arquitectural, la claridad y viveza en la descripción de los personajes aun secundarios, la ausencia de contradicciones y detalles superfluos, ajenos a la acción, la belleza y el tinte poético de muchos episodios. Para pintar a la heroína de su novela, Lisa, el autor se sirve de alusiones, de gestos y palabras separados que en su totalidad dan una imagen viva, tierna y fina. Por su belleza espiritual, por la elevación de su alma, Lisa no tiene rivales en la literatura rusa; aun la Tatiana de Pushkin (1) aparece menos íntegra: su seriedad, reserva e independencia le ayudaron a conservar la pureza del alma en medio de la vulgaridad y tosquedad de la vida. Un crítico dice que Lisa carece de «palabras propias», pero posee «ideas propias»; pero, lo que vive y crece en su alma

(1) Tatiana—heroína del poema «Eugenio Onieguin».

es tan ajeno para la demás gente que ella no siente ni siquiera el deseo de participar sus pensamientos, y vive una vida solitaria como si estuviera en un convento espiritual.

En 1860 salieron a luz *El primer amor*, una obra que tiene rasgos comunes con el *Pequeño héroe* de Dostoiewsky, bien que es un cuento autobiográfico, y *En vísperas*, novela que pinta admirablemente la sociedad rusa «en vísperas» de las reformas liberales de Alejandro II, cuando el desastre de la campaña de Sebastopol evidenció los defectos gubernamentales y sociales que padecía la Rusia de Nicolás I. La conciencia de aquellos defectos y de la necesidad de eliminarlos despertó las fuerzas durmientes de la sociedad rusa. La prensa y la opinión pública recibieron mayores posibilidades para discutir los problemas políticos-sociales, y hombres «nuevos», capaces de actividades prácticas sustituyeron a los Rúdin.

En fin, en 1862, mientras en París salen a luz las obras dramáticas de Pushkin, traducidas y editadas por Turguénev, la revista rusa *Rússky Véstnik* publica su novela *Padres e Hijos* que despierta una polémica apasionada y aun choques personales. Un montón de acusaciones cae sobre Turguenev. Los «padres» le reprochan de haber pintado con parcialidad al nihilista Bazarov; tampoco les agradan sus propios retratos. «Los hijos», la juventud contemporánea, se sienten ofendidos, exigen explicaciones de ciertas escenas e insultan a Turguenev, acusándolo de «traicionar

la libertad». Los estudiantes rusos de la Universidad alemana de Heidelberg exigen de Turguenev que les dé cuenta «del fin que persigue con su novela». El autor se presenta ante un tribunal formado por ellos y da las explicaciones que, más tarde, repite en la prensa. La revista *Sovreménnik*, redactada por Necrásov, en un artículo firmado por Antonóvich, califica a Turguenev de «Asmodeo de nuestro tiempo», mientras que Hértzen le expresa su indignación en forma tan brutal que la amistad entre ellos se rompe para siempre.

Turguenev soportó mal las críticas y los ataques. Su amor propio se resintió hasta tal punto de las heridas recibidas que le vino la idea de dar por terminada su carrera literaria, lo que expresó en un trozo lírico titulado *Basta* y publicado en 1864.

• • •

No obstante la decisión tomada, la vocación literaria triunfa sobre el amor propio ofendido y, en 1867, durante una de sus visitas regulares a Rusia, Turguenev lee en San Petersburgo en público varios capítulos de su novela *Humo*, que provocan nuevos ataques, no menos apasionados. La indignación general está provocada esta vez por el pesimismo exagerado que inspira la novela, por el cuadro de la sociedad rusa culta pintado sin el menor detalle atrayente. Parece una sátira sobre la vida rusa que se desvanece como un espectro sin contenido, como el humo que se deshace en

el aire sin dejar huella alguna de sus diversas manifestaciones. La tendencia occidentalista de Turguenev tuvo en esta novela su expresión máxima. El autor mismo sentía que llegó demasiado lejos en su exageración y, claro, no ha podido pararse en una negación tan cabal de la vida rusa. Pero sus insabores literarios, así como los ataques de una misteriosa enfermedad, que le molestaba hace varios años, refrenan su labor artística, y sólo diez años más tarde, en 1877, aparece su última novela: *Tierra virgen*, en que Turguenev pinta un personaje ruso positivo (Solómin), un hombre de inteligencia segura y voluntad firme, animado de verdadera simpatía para su pueblo. En resumen la novela fué como una resonancia de las tendencias «populistas» de los intelectuales rusos y del crecimiento de la propaganda socialista.

• • •

Hacia el fin de su vida, Turguenev recibe varias demostraciones de aprecio de parte de la opinión pública europea, lo que le reconcilia nuevamente con la literatura, pero echa un cierto frío entre sus admiradores rusos, que toman su popularidad de «ultramar» como una comprobación de su espíritu «occidentalista». Así fué comprendida su elección unánime como presidente de una de las secciones del Congreso literario, reunido en París con motivo de la Exposición Universal de 1878, y el «doctor of common law» que le

fué otorgado por la Universidad de Oxford en 1879.

En 1800, Turguenev hace su famoso viaje a Rusia para «reconciliarse» con el público ruso. Sus compatriotas no se muestran insensibles ante su buena voluntad, y consideran aquel viaje como un gesto de arrepentimiento del gran novelista. Y como no hay mayor gusto que hacer el papel de generoso, su venida, en estas condiciones, es un continuo triunfo. La juventud organiza en San Petersburgo y en Moscú recepciones entusiastas. Turguenev tiene a la sazón más de sesenta años y, a pesar de todos los disgustos dados a la opinión rusa, es un gran escritor. Fué un tributo rendido a su talento y a su edad.

Durante las memorables jornadas en honor de Pushkin, cuando en Moscú se inaugura el monumento del gran poeta, Turguenev recibe nuevamente ovaciones grandiosas que le comprueban hasta qué punto la sociedad rusa le aprecia.

En 1881 Turguenev viene a Rusia por última vez. Desde entonces los diarios publican noticias siempre más alarmantes en cuanto a su salud. La enfermedad que padece, rebelde al tratamiento y aun al diagnóstico de celebridades médicas francesas, se desarrolla lentamente, ocasionándole sufrimientos intolerables. A pesar de ello, Turguenev aprovecha el menor alivio para escribir. En aquel estado de salud escribe: La canción del amor triunfante, Retratos viejos, Temerario, Clara Milich y Poesías en prosa. Algunas de estas obras reflejan,

por primera vez, una mística muy especial, que antes no se notó jamás en sus escritos.

Los dolores inhumanos que sufre no pueden hacerle olvidar a Rusia; su aislación del ambiente ruso le tortura, en la medida en que sus fuerzas lo permiten, sigue las novedades de la literatura rusa, y una de sus últimas cartas la dirige a León Tolstoy, suplicándole apartarse de sus divagaciones filosóficas y místicas, y volver a la literatura de arte.

El 22 de agosto de 1881 I. S. Turguénev muere. La autopsia de su cuerpo demuestra que la enfermedad que lo mató era un cáncer en la columna vertebral, que había destruído completamente tres vértebras. Lo enterraron en San Petersburgo, en el cementerio de Vólkov, donde hay una cuadra especial, llamada «la cuadra literaria».

El tiempo hace olvidar, poco a poco, los resentimientos de sus contemporáneos: su espíritu occidentalista, manifestado en una época de intensa labor intelectual en pro de la liberación de los siervos y de reformas liberales de Alejandro II; la facilidad con que prefirió radicarse en el extranjero; su apego a una mujer de espíritu extraño para el ambiente ruso; sus modales de gran señor que chocaban al proletariado ruso; en fin, cierto empaque manifestado en su manera de dirigirse al lector, como si buscase sus favores... Pero, a pesar de todo aquello, Turguénev ocupa uno de los primeros puestos entre los grandes escritores rusos. Sus *Relatos de un cazador*, por sí so-

los le aseguran, además de la pura gloria literaria, el eterno agradecimiento del pueblo ruso, por haber sido el portavoz de su conciencia en un momento crítico de su historia.

Para darse cuenta con qué fuerza e inteligencia aquellos relatos descubren la trágica absurdidad del derecho de servidumbre basta leer el trozo de antología agregado a este capítulo.

(El cuento se titula Pedro Petróvich Karatáev. El protagonista que lleva aquel nombre tropieza con el autor en una posta, donde ambos esperan caballos de refresco para seguir viaje en direcciones opuestas, y charlan, tomando té con ron).

—Si usted me lo permite, le contaré en toda confianza lo que me pasó a mí... Yo vivía en mi hacienda... De repente se me hizo simpática una muchacha. ¡Viera usted que muchacha era! ¡Bonita, inteligente y tan buena!... Se llamaba Matriéna. Mas era una muchacha ordinaria, es decir, ¿usted me comprende?, una sierva de gleba, muchacha de bajo pueblo. Además, no era mía, sino ajena, y eso ha sido la causa de toda la desgracia. Y he aquí, me enamoré de ella; sí, señor, ¡una verdadera anécdota!; y ella también se enamoró de mí. Bueno, y empezó la Matriéna a pedirme: «Cómprame a mi dueña», y yo también pensaba ya en ello... Y su dueña era una viejuna rica y temible; vivía a unas quince verstas (1) de mí. Bueno, un lindo día, como

(1) Versta—1,067 metros.

suelen decir, hice enganchar en mi coche la troika—entre las varas tenía yo un trotador, Lampurdós se llamaba, un asiático estupendo—me vestí lo mejor que pude y me fuí a la hacienda de la dueña de Matriéna. Llego. Veo una gran casa con alas, jardín... Antes de llegar allí, a una vuelta del camino me esperaba Matriéna; quiso hablarme, pero sólo me besó la mano y se alejó... Bueno, entro al vestíbulo, pregunto si la dueña está en casa...

—¿Cómo debo anunciar a su gracia?—me pregunta un lacayo, hombre alto.

—Anuncia, amiguito—le digo—que llegó el terrateniente Karatáev a hablar sobre un asunto.

El lacayo se fué. ¿Qué es lo que va a suceder? Temo que la bestia me pedirá un precio horroroso, a pesar de ser rica. Pedirá, quien sabe, unos quinientos rublos. En fin, el lacayo vuelve:

—¡Le ruego!

Entro trás él al salón. Una viejecita pequeña, amarilla, sentada en un sillón, pestañea con sus ojitos:

—¿Qué quiere, usted?

Yo pensé que, para comenazar, era preciso declararle que tenía mucho gusto de conocerla.

—Usted se equivoca, señor, no soy la dueña, sino una parienta suya... ¿Qué quiere usted?

Yo le hice presente que tenía necesidad de hablar con la dueña.

—María Ilínichna no recibe hoy; está indispueta... ¿Qué quiere usted?

¿Qué podía hacer yo si no exponerle mis intenciones? La vieja me escuchó:

—¿Matriéna? ¿Qué Matriéna?

—Matriéna Fiédorovna, hija de Kulík.

—¿Hija de Fiédor Kulík? Pero, ¿de adónde usted la conoce?

—La conocí por casualidad.

—¿Y ella está enterada de sus intenciones?

—Como no.

La vieja se calló:

—¡Qué canalla! ¡Yo la voy a enseñar!

Confieso, yo me asombré:

—Pero, ¿por qué razón? ¡Tenga piedad!... Estoy dispuesto a comprarla; dígnese sólo a fijar el precio...

La vieja rezongona empezó a roncar de rabia:

—¿Acaso quiso usted asombrarnos con esto? ¡No necesitamos su dinero! En cuanto a ella, la enseñaré luego... Le voy a sacar la tontera,—y empezó a toser de cólera: ¿No está bien aquí, acaso? ¡Ah, la bruja, que Dios me perdone mis pecados!...

Reconozco que me indigné sobremanera:

—¿Por qué usted amenaza a la pobre muchacha? ¿Qué culpa tiene ella?

La vieja se persignó:

—¿Dios mío, acaso no soy?...

—¡Pero Matriéna no le pertenece!

—Bueno, eso lo sabe María Ilínichna, no es asunto suyo; luego enseñaré a Matriéna quién es su dueña...

Confieso que casi me eché sobre la maldita vieja, pero me acordé de Matriéna y se me cayeron las manos. Me asusté como no es posible contarlo; empecé a suplicar a la vieja:

—¿Tomad por ella lo que queráis?

—Pero, ¿para qué la necesita usted?

—Me enamoré de ella, madrecita: entre en mi situación . . . Permítame besar su mano.—y en fin le besé la mano a la canalla.

—Bueno,—me dijo, finalmente, la bruja: voy a decirlo a María Ilínichna; como ella disponga así será, pase dentro de unos dos días.

Me fuí a casa sumamente inquieto. Me daba cuenta de que el asunto había sido mal entablado, que hice mal dejando entender mi apego; pero era ya tarde. Dos días después me fuí nuevamente a la hacienda de la vieja señora. Me hicieron entrar a su pieza. Un montón de flores. La pieza regiamente arreglada; la dueña está sentada en un sillón de forma complicada, con cabeza apoyada en una almohada. La vieja pariente del otro día y una señorita de pelo rubio tosco, de boca torcida, vestida de verde, probablemente su dama de compañía, están sentadas a su lado. La vieja empieza a ganguear.

—Toma asiento.

Me siento, y ella empieza a preguntarme por mi edad, a dónde presté servicio, qué es lo que me propongo hacer, y todo esto de muy alto, con suma sober-

bia. Yo le contesto detalladamente. La vieja toma de la mesa un pañuelo, se abanica.

—Catalina Cárpovna me informó de sus intenciones, me dice, pero he tomado por regla no dejar a mi gente servir en casas ajenas. No me parece decente; no conviene para una casa seria; es un desorden. Ya tomé mis disposiciones, usted no tiene para qué molestarse.

—Pero, ¿qué molestia, señora, por favor? . . . ¿Puede ser que usted misma necesita a Matriéna Fiédorovna?

—No, me contesta, no la necesito en absoluto.

—¿Por qué, entonces, no quiere cedérmela?

—Porque no quiero cederla; no quiero y nada más. Ya he dispuesto todo, me dice, la mando a una hacienda mía a la estepa.

Me sentí como si me hubiera golpeado el trueno. La vieja dijo dos palabras en francés a la señorita verde; ésta salió de la pieza:

—Yo soy una mujer de reglas estrictas, me dice, además, soy delicada de salud; no puedo sufrir molestias. Usted todavía es un hombre joven, mientras que yo soy una mujer vieja y puedo darles consejos. ¿No sería mejor para usted arreglar su vida, casarse, buscar un partido bueno? Las novias ricas son raras, pero encontrar a una señorita pobre, de buena moral, es siempre posible.

Yo miro a la vieja y no entiendo qué es lo que ella me cuenta; oigo algo de casamiento, pero en mis oídos suena la hacienda estepal. ¡Casarme! . . . ¡Qué diablo! . . .

Aquí mi narrador de repente se paró y, mirándome fijamente, me preguntó:

—¿Usted no está casado?

—No.

—Claro, así lo pensaba. Entonces no pude contenerme: Pero, tenga piedad, madrecita, ¿qué quiere decir esa tontera de que usted me habla. No se trata de mi matrimonio; yo quiero solamente saber ¿si usted me vende o no su muchacha Matriéna?

La vieja empezó a gemir:

—¡Ah, este hombre me molesta! ¡Ah, decidle que se vaya! ¡Ah!...

La pariente se precipita para calmarla y empieza a retarme, mientras la dueña continúa gimiendo:

—¿Acaso lo he merecido?... Entonces, ¿no soy más patrona en mi propia casa?... ¡Ah!... ¡Ah!...

Yo tomé mi sombrero y como un loco corrí afuera...

Puede ser que usted me juzgue severamente, continuó mi narrador, por haberme pegado con tanta fuerza a una muchacha de baja alcurnia, pero, no tengo ganas de justificarme... así sucedió. No sé si usted me lo va a creer, desde aquel día se me quitó la paz de día y de noche... Me atormentaba mi conciencia: ¿por qué, pensaba, eché a perder a la desgraciada muchacha? Cuando me recordaba que ella pastorea los ganos vestida de un zipún (1), que la maltratan por or-

(1) Zipún—una vestimenta rudimentaria de los campesinos rusos.

den de su dueña; que el stárosta, (1) un mujik con zapatos embetunados de alquitrán la insulta como quiere, sentía un sudor frío gotear por mi frente. Bueno, no pude soportarlo: averigué a qué hacienda la desterraron, subí a caballo y me fuí allá. Llegué en la noche del día siguiente. Nadie esperaba de mí semejante hazaña y no había ninguna orden para el caso. Fuí directamente a la isbá del stárosta como un vecino cualquiera; entro en el corral y veo a la Matriéna, sentada en la puerta, con la cabeza apoyada en una mano. Casi gritó al verme, pero yo la calmé con un gesto, indicándole el campo tras el corral. Entré en la isbá; hablé con el stárosta, mintiéndole al diablo sabe qué cosa; elegí un momento propicio y salí a ver a la Matriéna. La pobrecita se colgó a mi cuello, pálida, enflaquecida, mi palomita.

—No te aflijas, le dije, mientras yo mismo derramaba lágrimas.

Pero, al fin me avergonzé:

—Matriéna, las lágrimas no son una ayuda para nosotros: hay que actuar, tomar una decisión; tienes que huir conmigo.

Matriéna casi se desvaneció:

—¿Cómo es posible huir, pero ellos me van a despedazar, me van a comer viva?

—Pero, tonta, ¿quién te va a encontrar?

(1) Stárosta—la palabra tiene en el idioma ruso varios significados, que en el fondo quieren decir siempre «cabeza». En este caso se trata de un capataz.

—No, ellos darán conmigo, por cierto darán conmigo. No, gracias, Pedro Petróvich, nunca olvidaré su cariño, pero, ahora, déjeme sin más; por supuesto tal es mi suerte.

—¡Eh, Matriéna, Matriéna!, y yo que te consideraba una muchacha de carácter—y de veras tenía mucho carácter... era un alma de oro, de oro—¿Qué ganarás quedándote aquí? Es igual, peor no estarás. Dígame, ¿has probado ya los puños del stárosta? ¡Contesta!

Matriéna se encendió y sus labios empezaron a temblar;

—Pero, si por mi culpa mi familia no tendrá vida.

—¡Ah!, tu familia, y qué le sucederá? ¿Piensas que la desterrarán?

—Sí que la van a desterrar. A mi hermano lo desterrarán con toda seguridad.

—¿Y al padre?

Bueno, a mi padre no le van a desterrar porque es el único buen sastre de la hacienda.

—Ves, y en cuanto a tu hermano, no perderá nada con vivir en otro lugar:

Va usted a creerme, señor, apenas logré convencerla; me habló aun que me atraería disgustos, que tendría yo que responder por ello... Sin embargo me la llevé... no aquella vez, sino en otra ocasión: llegué una noche en una telega (1) y la llevé conmigo.

(1) Telega—carro de transporte usado en Rusia.

—¿La llevó?

—Si la llevé... Bueno, ella se alojó en mi casa. La casita mía no es grande; tengo pocos servidores, pero, le diré sin rodeos, mi gente me estimaba; no me hubiera vendido por nada. Mi vida empezó a correr llena de alegría. Matriéna descansó; se mejoró y yo me pegué a ella aun más... ¡Ah, qué muchacha era! ¿De dónde sacaba sus dotes? Sabía cantar, y bailar, y tocar la guitarra... Yo la escondía de mis vecinos; temía alguna indiscreción. Desde luego hubo un amigo querido, Gornostáev Panteleimón, ¿usted lo conoce? ¿No? El la quería más que a su alma; le besaba las manos, de veras, como si fuera una señora, y le diré que Gornostáev no es mi igual: es un hombre instruído, ha leído todas las obras de Pushkin; a veces empezaba a contarnos algo, a mí y a la Matriéna, nosotros sólo abríamos los oídos. La enseñó a escribir, ¡qué hombre más raro! Y como yo la vestía, mejor que si fuera la esposa del gobernador. Le hice una pelliza cortita de terciopelo color frambuesa, ribeteada de piel... ¡Qué bien le sentaba aquella pelicilla! La confeccionó una madama de Moscú, a la manera nueva, con talle a la cintura. Y qué rara era esta Matriéna: a veces quedaba pensativa horas enteras; miraba al piso sin parpadear, siquiera y yo también permanecía callado mirándola y no podía saciarme de mirarla, como si nunca la hubiera visto... Ella me lanzaba una sonrisa y mi corazón se estremecía como si alguien lo hubiera pellizcado; y de repente empe-

zaba a reirse, a bromear, a bailar; me daba un abrazo tan fuerte, tan cálido que la cabeza me giraba. Desde la mañana hasta la noche pensaba yo ¿con qué alegrarla? Y créame, le hacía regalos solamente para ver como ella, mi alma, se alegraría, ruborizaría de gusto, como empezaría a probarse mi regalo, cómo se acercaría a mí llevando la nueva prenda, cómo me daría un beso. No sé cómo su padre Kulik, olfateó la cosa: vino el viejo a vernos, la miró y empezó a llorar. . . De este modo vivíamos unos cinco meses; yo hubiera querido vivir así toda la vida, pero, ¡qué suerte más condenada la mía!

Pedro Petróvich se paró.

—¿Y qué sucedió?, le pregunté compartiendo su emoción.

Karatáev hizo un ademán desesperado:

—Todo se fué al diablo. Yo mismo la eché a perder. Matriéna adoraba pasear en trineo y gobernar ella misma los caballos; se ponía su pelliza, guantes de Toryók bordados y . . ¡adelante!, alentaba a la troika. Paseamos siempre en la noche, para no tropezar con algún indiscreto. Bueno. Una vez nos tocó un día, sabe usted, lindo: claro, helado, sin viento. . . Bueno. Fuimos a pasear Matriéna tomó las riendas. Miro yo: ¿adónde ella va? ¿Es posible que va a Kukúevka, a la hacienda de su dueña? Veo que realmente va a Kukúevka. Yo le digo: ¡loca! ¿adónde vas? Ella me mira por encima de su espalda y me sonríe: déjame, quiere decir que me jacto un poco. ¡Ah!, pienso yo,

[que sea lo que sea! ¡Qué lindo pasar delante de la casa de esta señora! ¿Lindo? Dígalo usted mismo. Bueno, vamos. Mi trotador va entre las varas como nadando; los dos galopantes vuelan, ya aparece en lontananza la iglesia de Kukúevka; de repente vemos a un viejo vozók (1) verde con un lacayo atrás que se arrastra por el camino... ¡La dueña! ¡Por ahí va la dueña! Yo, francamente, me asusté, pero Matriéna mueve las riendas y el trineo corre derecho sobre el vozók! El cochero, al ver que a su encuentro vuela no sé qué Aljimerés, quiere ceder el camino, pero se aparta demasiado de la huella y vuelca el vozók en la nieve. El vidrio se quebra, la vieja señora grita: «¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay!», y su compañera: «¡Agárralos, agárralos!», pero nosotros, con cuanto aliento tenían los caballos nos escapamos... Volamos por la nieve y yo pienso: la cosa se pone fea, no debía yo haberle permitido ir a Kukúevka. ¿Me va a creer usted? La vieja reconoció a Matriéna y a mí, y presentó un pleito: «Una muchacha mía, fugitiva, vive en la casa del terrateniente Karatáev»; agregó a su denuncia una buena gratificación, y, un día, llegó a mi hacienda nuestro isprávník (2). Era un hombre que yo conocía bien, un cierto Stepan Serguéevich Kusóvkin; un buen hombre, es decir, en el fondo un hombre malo. Llegó y me dijo:

(1) Vozók—un trineo cerrado, como carroza.

(2) Isprávník—jefe de policía rural de un distrito.

—Así que, Pedro Petróvich, ¿qué es lo que usted hace? Carga usted una responsabilidad muy grande; las leyes sobre este asunto son claras.

—De esto hablaremos luego, le contesto, ¿quiere usted tomar algo después del camino hecho?

Consintió en comer y beber conmigo, pero me dijo:

—La justicia reclama, Pedro Petróvich, razone usted mismo.

—Cierto, le contesto, cierto, la justicia... pero, he oído hablar de que tiene usted un caballito negro, ¿no quiere usted canjearlo por mi Lampurdós?... En cuanto a la muchacha Matriéna Fiédorovna, no la tengo.

—Pero, Pedro Petróvich, aquí no estamos en Suiza; usted la tiene a la muchacha... En cuanto a su Lampurdós, podemos canjearlo, aun puedo tomarlo gratuitamente...

Desde luego, esta vez, logré despacharlo. Pero, la vieja señora empezó a moverse más que antes, «si es preciso sacrificaré diez mil rublos», dijo. Pensad que, al conocerme, le vino a la cabeza de casarme con su dama de compañía, con la señorita verde; lo supe después, por eso se enojó tanto. No hay cosa que estas señoras no puedan urdir... Probablemente de puro aburrimiento, o como fuese, las cosas se pusieron mal para mí: gastaba todo lo que podía y escondía a Matriéna, pero en balde. Hice deudas, perdí la salud... Una noche estaba acostado en mi cama pensando:

¡Dios mío! ¿por qué sufro? ¿Qué voy a hacer si no puedo dejar de quererla?... ¡No puedo y basta!... Y de repente entra en mi pieza Matriéna. Yo la escondía en aquel tiempo en una pequeña propiedad que poseía o unos dos verstas de mi hacienda. Me asusté viéndola:

—¿Qué hay, te descubrieron allí?

—No, Pedro Petrovich, nadie me molesta en Bubnovo; pero, ¿hasta cuándo todo esto va a continuar? Me duele el corazón, Pedro Petróvich, usted me da lástima, mi querido; nunca olvidaré su cariño, Pedro Petróvich, pero ahora vengo a despedirme de usted.

—¿Qué tienes, estás loca?

—¿Despedirte? ¿Para qué?

—Así es; iré a entregarme.

—Eres loca, te encerraré en la buhardilla... ¿Quieres perderme? ¿Quieres matarme?

Matriéna calla y mira el piso:

—Pero, ¡habla, habla!

—No quiero ocasionarle más molestias, Pedro Petróvich.

Vaya uno a discutir con ella...

—Pero sabes, tonta, sabes lo... lo... loca..., y Pedro Petróvich estalló en sollozos amargos...

—¿Qué me dirá usted?, continuó dando un manotazo en la mesa y secando los párpados, mientras las lágrimas continuaban corriendo por sus mejillas: ¡se entregó la muchacha, se fué y se entregó!...

—¡Los caballos están listos!, anunció solemnemente el encargado de la posta, entrando en la pieza.

Nos levantamos los dos:

—¿Y cuál fué la suerte de Matriéna?, pregunté yo. Karatáev hizo un ademán de desesperación...